

diario del primer Seminario OCIC para América Latina

• HECTOR N. GRANDINETTI, S. J.

• PRIMERAS PALABRAS

Se nos había convocado a este Seminario con el interés que reviste siempre un profundo cambio de impresiones entre organismos similares de diversos países. Las Oficinas Nacionales de orientación cinematográfica del continente latinoamericano se reunían en Lima para estudiar su misión, sus alcances, las peculiares condiciones en que se desenvuelven, y hasta las aportaciones más o menos originales que hayan podido llevar a cabo.

Volamos a Lima desde Buenos Aires. Nos esperaban en Lima con toda puntualidad y exquisita gentileza, arreglados los papeles internacionales, salvadas las naturales dificultades de la aduana, abiertas casi las puertas del taxi que nos condujo al Hotel Riviera. Un prodigio de simpatía este Centro Peruano de la OCIC que ha montado el ajuste y funcionamiento del Seminario. Eran las 12,30 de la noche y nos dispusimos a descansar siempre que el calor y la humedad de la noche limeña nos lo permitiera.

A la mañana siguiente hicimos a la ciudad la acostumbrada visita turística: Santa Rosa, la casa de Fray Escoba, San Pedro, la Catedral, el Palacio de Gobierno... Teníamos ya en mano la carpeta de trabajo del Seminario: un programa cargado de sesiones de estudio, de esquemas de discusión, de actos intensos de apertura y cierre en los que siempre hay que temer la cantidad y el tiempo desmesurado de los discursos. Una deficiencia advertimos: la escasez

de sesiones cinematográficas para los miembros del Seminario. Apenas si se nos anuncian dos películas en el curso de una semana larga: "Animas Trujano" y "El Santo Renuente". Entendemos que un Seminario de estudio no es ciertamente un Festival, pero aún así creo también que es desaprovechar un poco estas oportunidades en que los delegados de la OCIC podríamos ver y discutir conjuntamente algunos films importantes: los premios OCIC, películas vidriosas de calificación, producciones poco comerciales o films malditos que apenas si llegarán después a la pantalla. Lima no es mal mercado para conseguir fácilmente estas piezas de museo.

A las seis de la tarde nos damos cita en el Palacio Arzobispal. El Cardenal Landázuri celebra la misa inaugural del Seminario y nos habla sobre la importancia del mismo. Sus palabras tienen peso y nos sobrecargan de responsabilidades a los asistentes: la Iglesia espera de nosotros una actitud positiva, sin reservas mentales frente al cine, abierta a caminos nuevos y a nuevas proyecciones apostólicas. Después de la Misa nos recibe con una cordialidad a inmensa distancia de cualquier protocolo.

Pasamos desde allí a la Municipalidad de Lima que queda exactamente enfrente, sobre la Plaza de Armas. La Señora Alcaldesa preside la sesión de Apertura del Seminario. Doña Anita Fernandini de Naranjo nos da la bienvenida a la ciudad con unas palabras que son casi su protesta personal de buen gobierno y de preocupación por los problemas que

● NOTAS

plantea en cualquier país el fenómeno cinematográfico. A continuación algo realmente inesperado: los Distribuidores y Exhibidores cinematográficos del Perú dando a la OCIC garantías absolutas sobre una actual y futura labor conjunta con los organismos católicos de calificación y promoción del buen cine. Creo en la sinceridad de lo que allí se dijo y —pienso— que su mayor importancia es que se haya dicho. Habría deseado la presencia en la Municipalidad de Lima de cualquier representación de nuestros exhibidores nacionales.

El mensaje Pontificio fue escuchado de pie, religiosamente: "La amplitud del trabajo a realizar en este campo —nos decía— puede infundir miedo y desalentar a los pusilánimes, pero por el contrario puede inflamar cada vez más el ardor de las almas generosas".

Terminó el acto un discurso macizo del Nuncio de S. Santidad. Un discurso quizás un poco lejano, lleno de interés y de énfasis: el peligro del cine, la vidriosa condición del pueblo, la difícil capacidad de reacción del público de nuestros espectáculos, los principios sustanciales del arte y la deontología de los productores y exhibidores.

El Seminario empezó con palabras graves. Cuando a las nueve de la noche salíamos hacia Santa Inés (30 Km. de Lima) nos embargaba la sensación de que este Seminario tiene que llenar una misión difícil, la que señalaba la Santa Sede: en campo continental: "dirigir los mejores esfuerzos hacia las metas más urgentes y oportunas que sugieran las circunstancias".

● EXAMEN DE CONCIENCIA

El buen pie con que comienzan estas cosas de Congresos y Seminarios es muchas veces una garantía del éxito final de los mismos. Porque hacen concebir de entrada una idea clara de la seriedad de los temas que allí van a desarrollarse y de la sinceridad con que van a enca-

rarse los problemas que se viven por las delegaciones internacionales. Este Seminario ha tenido la suerte de encontrar el primer día un ponente y unas palabras dignas de la mayor consideración. Me he atrevido a llamarlas *examen de conciencia* porque esto y no otra cosa es lo que ha creado en nosotros el P. Michenfelder y su exposición de un tema que se le podía haber ido por las ramas, pero que ha creado algo tan concreto como eso: una palpable inquisición de lo que hasta ahora hemos realizado y de lo que en adelante tenemos que realizar. *Importancia en el mundo de hoy de los medios de comunicación, cine, radio, televisión y prensa.*

No juzgo mejores mis comentarios que lo que pueden aportar las propias palabras del ponente. Y si transcribo parcialmente el documento es porque lo creo de una inevitable urgencia y de una precisión asombrosa.

"Es probable —dice el P. José Michenfelder— que la nuestra sea una época de innovaciones dolorosas o de extinción nuclear. Los medios técnicos para lograr la extinción ya están a nuestro alcance. A fin de evitar conclusiones tan definitivas y horribles para la historia de la humanidad, debemos antes que nada hacer una nueva evaluación del mundo y hacerla en forma verdaderamente cristiana. Debemos arrancarnos de nuestras amarras, de nuestra etiqueta y de nuestros lugares comunes. Debemos desplegar inteligencia, decisión e imaginación. Y luego debemos reanimar y reconstruir un nuevo mundo. Pues es a un nuevo mundo al que estamos entrando y nosotros los cristianos no estamos muy bien preparados para esto... Hay que acelerar lo que Gilson llama la "solidaridad humana"... Es difícil pensar en fuerzas que sean más decisivas en nuestra misión que los medios de difusión en masa. Ciertamente que no es un secreto para nadie que las mayores batallas de las próximas tres décadas serán libradas por las mentes de los hombres... Admito

que resulta difícil mirar con optimismo el futuro. La Iglesia en casi todos los campos vitales... ya se encuentra en gran desventaja respecto a la tasa de crecimiento demográfico... Sufrimos un retraso de más de cincuenta años. Y por estar tan retrasados es razonable asumir que en estos momentos estamos sufriendo grandes pérdidas... Tres millones de personas abandonan formalmente la Iglesia cada año en Latinoamérica...

"El impacto de los medios de difusión sobre la sociedad es inconmensurable. No es un secreto que la persona término medio en Lima, por ejemplo, oye la prédica de su Pastor durante diez minutos a la semana pero dedica 35 horas a la semana a escuchar la radio o mirar la televisión o películas cinematográficas. ¡Cinco horas al día dedicadas a los medios de difusión!... No nos equivoquemos: en nuestros días Dios ha creado la ciencia, ha desencadenado una maquinaria de comunicación masiva... La difusión en masa debe constituir una de las principales piedras angulares del apostolado moderno de la Iglesia. Cada cristiano es responsable de la salvación de aquella generación en que le ha tocado vivir... Y nuestra generación está viviendo en un desierto sin Dios... Y la Iglesia está en peligro de no hablarle en absoluto o sólo a través de un espejo y en enigma... En muchos casos existe un espeso muro entre la Iglesia y los medios de difusión, un muro que en su mayor parte fue levantado por la misma Iglesia... Esta es una acusación dirigida al laico católico, al laico que está bien informado, es apostólico y, en realidad, está ansioso de redimir a una generación que es la suya. Pero el laico con frecuencia está ciego ya a las posibilidades de los medios de difusión. Y, sin lugar a duda, ciego a la condición presente de los medios de difusión en América Latina... Tenemos que entrar en la arena y arrancar la iniciativa a los materialistas, a los oportunistas, a los comunistas. Los católicos latinoame-

ricanos son, en su mayoría, meros espectadores: bien intencionados, bien formados, a veces aficionados, con frecuencia entusiastas. Pero, con todo, espectadores. Como los espectadores de cualquier corrida de toros..."

Es necesario pasar a ser actores de este drama de nuestro tiempo. En el campo del cine la OCIC tiene que empezar a decir su palabra: no la técnica, la palabra preciosista que examina o critica, que deambula por las altas esferas de los dioses. Sí siempre y cuando antes la palabra concreta que ejecuta, distribuye fuerzas, ocupa campos, crea conciencias y realiza una obra de promoción y no de simple obstáculo. Cuando se adquiere conciencia del riesgo que estamos corriendo no debemos sentir sólo el escalofrío de la lucha sino la perentoria prisa de quien se suma a los que combaten o enseña el camino: crear distribución, producir cine con sentido cristiano, montar televisión, escribir para la radio. El mundo está ahí y espera nuestro impostergable mensaje.

• A RITMO INTENSO

La peor idea que se puede tener de uno de estos Seminarios organizados por la OCIC es aquella que confunda estas reuniones con la fácil agregación turística o con la liviana coincidencia de unos aficionados. No seré exagerado si declaro que aquí, en Santa Inés, apenas si queda tiempo para los menesteres más individuales. Todo lo consume la febrilidad de un estudio llevado a ritmo galopante, sumando sesión tras sesión y creando una particular sicología de doctrinas. Vean ustedes que en el día de ayer y tras intensa conmoción que nos produjo el impacto del P. Michenfelder, tuvimos que volver a preocuparnos con algo de tan inmediatas consecuencias en el orden nacional como que apuntaba y explotó el tema de América Penichet: *Misión, estructura y actividades de una oficina nacional*.

Porque nos ha sacado definitivamente de la cabeza unas cuantas ideas capaces de conducir al error. Cosas, por ejemplo, que uno dispone en su mentalidad de dirigente como más perentorias siéndolo menos, y aspectos que uno había descuidado y que revisten, sin embargo, una impostergable preocupación. Parece bastante claro que la inmediata ocupación y destino de una oficina nacional debe ser el creciente cuidado por una calificación del espectáculo cinematográfico. Se dice calificación y no censura. El término censura es exigente, coactivo y medio desagradable. Y si la censura constituye en manos del estado, "un mal necesario" en vista de la despreocupación de los productores y exhibidores cinematográficos (atentos primordialmente a las razones del negocio), no es bueno que nosotros carguemos con una contrapartida y desafecto del público que a nada bueno conduce.

Esta calificación debe ser cada día más competente. Adivinamos ya desde este momento que el problema de la formación de los calificadores va a ser uno de los que ocupe más atención en este Seminario.

Una calificación es tanto más aceptable cuanto más prestigio tiene el organismo de quien esa calificación procede. No se trata, lógicamente, de que el pueblo fiel vaya a responder a las calificaciones por el mero prestigio técnico que tenga la Oficina Nacional. Hay una razón pastoral para que se entienda la obligación que asiste a los cristianos de humilde sometimiento a las decisiones calificadoras. Pero no se puede obligar siempre por estas razones superiores desde el momento en que sean únicas. A la misión pastoral que la dignifica, una Oficina Nacional debe sumar impostergablemente la preparación técnica. Tanto más urgente cuanto que tiene que corroborar esa misma confianza que la Jerarquía católica ha depositado en ella. Es fácil entender esto aun cuando no sea tan fácil ejecutarlo.

El problema de estructura es menos complejo. Se creará que una Oficina Nacional se integra esencialmente con esta Comisión de calificaciones y con un proyecto atendible de promoción del buen cine y de la formación cinematográfica de los futuros y actuales espectadores. Esta formación ha de llevarse a cabo fundamentalmente con una intensificación de los medios naturales que atienden a la misma: cine forums, cine clubes, crítica cotidiana en los diarios y dictado de cursos más o menos intensivos en los colegios y universidades...

Cuando, al margen de este dictado, uno piensa la realidad de nuestra Argentina, no puede menos de sentirse invadido por la melancólica tristeza de una comprobación que hiere los ojos: apenas si tenemos algo de todo esto. Cuando se ha pretendido crear algo, los esfuerzos han sido penosos y la realidad ha sido desalentadora. Un hierro se calienta a golpes, pero es triste pensar en un recalentamiento a largo plazo y con terrible esfuerzo. Cursos en los Colegios, asistencia técnica en la Universidad... Un día tenemos que pensar en serio esta misión de la Oficina y ponerla en práctica pase lo que pase.

• LOS CAMPOS DE LA MORAL

Cuando amaneció el domingo 31 lo que menos se recordó por cualquiera de los integrantes de este Seminario fue precisamente eso, que era domingo. Porque de haber tenido memoria del acontecimiento, los incidentes del día no se habrían modificado y, sin embargo, se habría corrido el peligro de llegar a una posible fuga. En Bolivia se jugaba el final del sudamericano, en Lima había corrida de toros con un cartel importante, un partido de fútbol en el campo de la Universidad, cualquier estreno en uno de los cines elegantes de la ciudad... Y nosotros al pie del tajo, laborando como unos forzados y metiéndonos en este día

del domingo nada menos que en diez horas entre conferencias y discusiones.

Para colmo de males —o de bienes, claro está— se anunciaba un tema de palpitante interés: *Los criterios de calificación moral*. Porque si la Oficina Nacional tiene una urgencia de calificar los espectáculos cinematográficos que nace de la propia misión que le confía la Jerarquía de un país, es imprescindible que sepa esta Oficina a qué razones debe atenerse y que calibre su actuación por la observancia de unos principios que deben ser inicialmente coincidentes con los de cualquier otro país. No necesariamente porque se busque unanimidad de calificación entre las diversas Oficinas Nacionales, sino porque lo que se intenta es un cúmulo unitario de razones que motiven en cada país la calificación adecuada.

El P. Desiderio Blanco, asesor de la Oficina Nacional peruana, tomó el tema desde lejos, quizás desde demasiado lejos, como si temiera que sólo una andanada de principios y elucubraciones filosófico-morales serían asiento bastante de las conclusiones a que quería que llegáramos los Seminaristas. No estoy en desacuerdo con ellos. Más aún, pienso que no puede estarse en desacuerdo porque el ponente tuvo el buen cuidado de apoyarse a cada paso en la doctrina tomista y en las mejores interpretaciones contemporáneas del mismo Santo Tomás. Parece lógico que hay que distinguir los conceptos "bueno o malo" por sus referencias a las realidades morales o a las expresiones artísticas. Las razones morales ante las que puede aparecer en deficiencia una creación artística, no invalidan en principio el mismo bagaje de belleza creadora que esta realización artística puede llevar. Lo mismo cabría decir de los términos inmediatamente equivalentes a los anteriores.

Una calificación justa deberá tener en cuenta estas razones para prestigiar su propia misión. Más aún: la indudable calidad estética de una obra puede entor-

pecer la apreciación moral y habrá que ser entonces más astutos en la calificación, más ingenuos en apariencia aunque preocupados en el fondo.

Unificar estos criterios en todas las Oficinas Nacionales de la OCIC sería un desideratum difícil de lograr pero intentable. El ponente propuso una fórmula que apenas si convenció y dio lugar a un debate excesivamente escolástico. Tengo la impresión de que a la postre, cada delegado nacional hará lo que bien entiende más conveniente en su país sin preocuparse de lo que en otros haya de hacerse. No conviene olvidar que las calificaciones se ejercen en virtud de una misión jerárquica y en ámbito nacional. Así, por ejemplo, nadie aceptó el que se suprimiera el salto de *Desaconsejable* que casi todas las oficinas tienen entre el film con reparos para mayores y el francamente peligroso o nocivo. Hay que graduar un poco más, se dijo, pienso que con evidente razón. Uruguay y Bolivia defendieron la conveniencia de mantener una calificación para mayores de 11 años ante la diversa manera de proyectarse la sicología de los adolescentes. Y cuando se trató el problema de las películas con reparos seguimos manteniendo la fórmula que declara una sólida formación moral en los espectadores con preferencia a la fórmula que pone reparos o reservas a la película.

Se desintegró cualquier posibilidad de acuerdo cuando se entró a definir la mejor manera de calificar las películas del último grupo: las nocivas, gravemente peligrosas, dañosas, prohibidas por la moral, sencillamente prohibidas, reprobables, reprobadas, rechazables, malas... La cuestión se convirtió en un torneo lingüístico del que todavía no se han definido los ganadores. Tengo para mí que no lo será nadie. Y como el problema nos empantanaba, pareció lo más viable dejar el asunto en manos de un petit comité que acaso se reúna en cualquiera de los ratos muertos que no existen en este Seminario.

Lo mejor de la ponencia del P. Blanco es el texto: equilibrado, preciso, lleno de erudición y sentido práctico. Un texto que puede servir como para que los calificadores nacionales lo lean con frecuencia.

● DEL ESTADO Y DE LA FORMACION DE DIRIGENTES

A estas alturas del Seminario y después de cuatro intensas jornadas, uno no sabe qué admirar más: el espíritu de sacrificio de los seminaristas o la excelente previsión de los organizadores. Son cuatro días de un ritmo de vértigo los que hemos vivido. No exagero ni un ápice si declaro que cada noche estamos literalmente molidos, como para que se nos dé un descanso extra que, por desgracia, no existe ya que el calor es medio sofocante algunas noches. Y, sin embargo, uno no puede hacerse el quite frente a las palabras graves y trascendentes que aquí se están diciendo y que todos tratamos de dilucidar con nuestros pequeños aportes nacionales. Así, por ejemplo, ayer se discutió un tema de tanta importancia como el que se refiere a las relaciones entre la Iglesia y el Estado en cuestiones de censura y calificación moral de los espectáculos. La ponencia estuvo salpicada de gracia, de ocurrencias ingeniosas, en un alarde de amenidad espontánea que debemos a Ramiro de la Fuente. Quedó aclarado el derecho y la obligación que le asiste al poder estatal para censurar, prohibir, limitar y hasta inteligentemente dirigir la producción y exhibición cinematográfica. No es que se pretenda conceder al Estado una vigilancia menuda, cicatera, omnisalvante de los individuos. Pero menos aún puede estarse con aquellos que alzan a contrapelo una libertad de expresión que no contempla el daño común que puede producirse en la sociedad. El bien particular no ha de ser tutelado por la autoridad con más energía que el bien

público. Y es ineludible bien social el que se deriva de un ordenamiento de las costumbres y de una ejemplar tradición religiosa y civil atacadas en muchos casos por las irreflexivas producciones del arte cinematográfico.

Cómo debe ejercerse esta censura, cuáles son las diferentes maneras de llevarse a cabo en algunos países —con una preferencia especial a las naciones comunistas—, hasta qué extremos descien- de la supervigilancia estatal...

Estas son algunas de las ideas que se intentó aclarar a la luz de las enseñanzas pontificias, con un hincapié particular y preciso en las palabras de Pío XII: "El patrimonio civil y moral de las familias y del pueblo debe ser tutelado con efectos seguros y es justo que la autoridad pública intervenga debidamente para impedir o frenar los más peligrosos influjos".

La ponencia del Dr. Ruskowski sobre la *Formación de dirigentes para el apostolado del cine* tuvo la extraña virtud de todas las cosas tocadas por este "padre de la Iglesia cinematográfica", como cariñosamente lo llamamos: la precisión. Nada de andarnos por las ramas. Se define de entrada lo que es apostolado y lo que es cine. Para que se entienda que cuando hablamos de nuestros dirigentes cinematográficos no queremos ni cristianos de buena voluntad solamente, ni técnicos y expertos sin vida cristiana. Debe darse una conjunción precisa y competente. Tres claves en cualquier Oficina Nacional: calificadores, administradores (archivos, comunicaciones, relaciones públicas), actividades positivas. Desde los contactos estrictamente particulares en los que juega la simpatía personal, hasta la compulsión de los ambientes universitarios y profesionales, todas las capas sociales deben ser recorridas por los captores de futuros apóstoles cinematográficos. A cualquiera que se reclute se le volverán a explicar los conceptos claros de apostolado y cine en una armo-

nía indeclinable. Si esto no se hace, cualquier trabajo de captación ha de ser fallido. Y cualquier formación, negligente-mente recibida. El problema de formación inmediata encara las siguientes dificultades: improvisación, desánimo, incipiente desprestigio, superfluidad de labores. Una formación a largo plazo, llevada a cabo por escuelas especializadas o por individuos que ya hayan cursado disciplinas ad hoc en estas escuelas, tiene la inmensa ventaja de una labor graduada, caída lentamente y con precisión y aprovechada hasta en sus más mínimos detalles. Se señalaron dos escuelas actualmente existentes en sudamérica: una en Méjico a cargo del P. Romero Pérez y otra en Santiago de Chile a cargo del P. Rafael Sánchez. Se señaló que en Buenos Aires ha de abrirse en breve una Facultad de las Ciencias de Comunicación, con un preferente cuidado por la formación televisiva.

● ACUSACIONES CONCRETAS

Normalmente en casi todas las reuniones nacionales o internacionales a que he asistido hasta el presente y en las que se haya tocado de frente o de forma lateral el problema del cine y la Iglesia (mejor aún: el problema del cine y los sacerdotes), se ha podido escuchar alguna voz que ha acusado con más o menos brío una actitud: la de una sección pastoral-ecclesiástica que sigue manteniendo dolorosas reservas frente al hecho cinematográfico y los que a él dedican sus mejores esfuerzos. Hace algunos años estas acusaciones tenían la eficacia y el crédito que les permitían los ambientes casi siempre cerrados en que se pronunciaban.

Hoy tienen la nostálgica vergüenza de la repetición, del sermón en el desierto, de la insistencia que aguarda se nos escuche definitivamente.

Ni antes ni ahora he escuchado nada tan vehemente como las palabras que en

la mañana de ayer habló el P. Angel Valtierra, un jesuita español trasplantado a las tierras de Colombia. Evidentemente se explicaba por su boca la personal experiencia de un mundo sacerdotal que en ocasiones (los apóstoles) anhela una mejor comprensión de actividades e ilusiones, y en otras (los recelosos) sigue viendo el cine como una desgracia inevitable o una diversión con trascendencias económicas.

Se pasó entonces un rápido examen a estas actitudes y se pudo constatar lo siguiente: los apóstoles del cine siguen estando en desventaja. Si son sacerdotes los que ejercen esta misión y apostolado, frente a ellos se alzarán las naturales reservas que impone la prudencia sacerdotal y que ciertamente no se desconocen. Más aún: se asegura por todos ellos que, sin duda, precisan de una mayor calidad espiritual y de una dedicación más seria a los fundamentos personales de una ética cristiana que implica graves compromisos de conciencia. Pero no es sólo eso. Un ambiente clericalmente adverso o despreocupado incrementará la natural dificultad del caso. Lo que hace un siglo podía suceder con el juicio que merecía el sacerdote-literato o el sacerdote-poeta se ha transcripto ahora a lo que se opina frente al sacerdote-apóstol-cinematográfico o frente al sacerdote-apóstol de la televisión. Cuando se abrió el debate siguiente a la ponencia del P. Valtierra (terminado también el prolongado aplauso que mereció la generosidad de sus palabras), fueron muchos los asesores de Oficinas Nacionales que contaron casi quitándose las palabras sus experiencias personales. Se coincidía en que, aparte del desconocimiento de esta labor sacerdotal a la que duele el cine como una criatura de Dios que no cumple su destino sino que lo mancha, existía la "conspiración del silencio". Se aludía con ello a esa postura de ignorancia de la preocupación eclesial por los diversos aspectos que el cine contempla. Esta "conspiración del silencio" podía ir desde una

efectiva equivocación frente al progreso de las ciencias-artes de la comunicación, hasta la cotidiana despreocupación culpable de los pastores de almas que no orientan a su grey en este campo. No es que no haya orientaciones pontificias al respecto. Las hay, son abundantes, detallan con una absoluta practicidad la mejor manera de colaborar todos a resolver y encauzar las dificultades que se nos han creado por abandono. Pero he aquí que éste es el momento en que se debe hacer un llamado a la misma ciencia sacerdotal para que lea los documentos de Roma, para que no le suenen a extraños textos de tanta ponderación como la *"Miranda Prorsus"*, la *"Vigilanti Cura"*, el discurso sobre el *Film ideal*, el motu proprio de Juan XXIII, las comunicaciones de la Santa Sede a cada uno de los Congresos Internacionales de la OCIC. Solo así se habrá echado frente al concepto sacerdotal y frente a la conciencia del mundo fiel el verdadero fundamento de una misión apostólica a la que se creen personalmente extraños muchos sacerdotes.

Lo que puede decirse de esta misión cuando se enfrenta a la actitud de salvaguarda de valores atacados o deturpados por el cine, crece cuando se habla del uso positivo que del cine debemos hacer para una positiva labor pastoral. Los datos que Mons. Metzinger adujo a su propia experiencia en la diócesis de Ayavirí son como para abrir los ojos a los más incrédulos. Sin que esto estimule o se crea que debe estimular una actividad improvisada. Cada Obispo tiene en su diócesis una Oficina y todas se agrupan en un Centro Nacional. Ojalá se sepa esto por todos los sacerdotes. Ojalá estas mismas Oficinas Nacionales cumplan su apostólico cometido. Entendiendo siempre que nunca el mundo mejorará tanto como para desanimarnos porque no acaben de entendernos.

En el sexto día del Seminario los trabajos que se trataron fueron: "Sentido

cristiano de la colaboración con los profesionales" y "Organización de salas y distribuidores-programadoras de inspiración cristiana". Que estuvieron, igual que los anteriores, expuestos clara y precisamente y discutidos en forma exhaustiva.

Nada mejor para sintetizar la labor de este día que transcribir lo que dijo el P. Jesús Romero Pérez, S. J.: "Desde que la Iglesia por medio de los Sumos Pontífices encaró el problema del cine y con visión admirable midió los efectos que estaba produciendo y los que estaba todavía llamado a producir en la sociedad, lanzó una llamada de alerta a los católicos, a fin de que tomaran medidas defensivas en contra del poder disolvente que el cine ofrecía, pero por otra parte nos estimuló para que diéramos otro paso adelante".

"Exhortó a los fieles para que, con sentido positivo, vieran al cine como instrumento eficaz de la cultura, y los excitó para que supieran utilizar este admirable instrumento que la Providencia había puesto a su alcance. Inmediatamente nos pusimos en pie de alerta. No olvidemos que la Iglesia estaba poco habituada a este apostolado. Hasta entonces se había ocupado en otras formas muy diferentes de apostolado. Se enfrentaba ahora a un peligro, bajo las apariencias de espectáculo. Había que estudiarlo de cerca y profundizarlo a fin de darse cuenta de los males que podía provocar".

"Al principio, cuando salía una película dañosa, la llamábamos así y la seguiríamos llamando, porque presentaba escenas objetables en ligereza de vestidos o crueldades, expresiones atrevidas o bien acciones que para la mayoría del público podían considerarse como excitantes al mal. No se nos ocurrió otro medio para contrarrestar su influencia que atacar a los que tales películas producían. Y englobamos en un mismo conjunto a productores, directores, autores, estrellas, técnicos y distribuidores juntamente con

los exhibidores. Creíamos que todos eran responsables de esa película”.

“Se escribieron artículos enérgicos, muy documentados y elocuentes. Se predicó en los pulpitos en contra de los males que el cine causaba, se exhortó a los fieles a que dejaran de asistir y se machacó bajo mil formas sobre este tema”.

“Más tarde y bajo la urgencia de la Santa Sede se fundaron en diversos países las Beneméritas Oficinas Nacionales, quienes con su labor han orientado a los fieles en la visión de las películas”.

En la última jornada se revisaron los planeamientos, sugerencias y resultados de este Seminario. ●

comentarios

hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano

LA Xª REUNION DE LA CEPAL

LA Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, CEPAL, ha tenido en Mar del Plata su décimo período de sesiones del 6 al 17 del mes próximo pasado. La reunión estuvo dominada por el hecho de que cesaba en sus funciones el hombre que durante quince años ha sido el principal factor de su actividad, el Dr. Raúl Prebisch.

Esta circunstancia ha movido al Dr. Prebisch y a sus colaboradores a preparar un informe que constituye un “acto de comprensible recogimiento intelectual” para quien durante quince años ha mantenido una responsabilidad semejante.

Creemos que es más importante para nuestros lectores tomar contacto con este documento que recibir meramente una reseña de las actividades del período de sesiones que no se destacaron por su profundidad.

El informe lleva como título: “Hacia

una dinámica del desarrollo latinoamericano” y está dividido en un planteamiento general, un estudio de los factores estructurales internos y otro sobre el estrangulamiento exterior del desarrollo.

De entrada en el planteamiento general de la CEPAL nos llama la atención acerca de que los males que aquejan a la economía latinoamericana no responden a factores circunstanciales o transitorios. En primer lugar, el dato demográfico. Toda América Latina, con excepción del Uruguay y nuestro país, experimenta en estos momentos un incremento extraordinario de población que llega al 2,9 por ciento anual. Esto implica que todo esfuerzo por el desarrollo debe superar la tasa de crecimiento demográfico. Tal esfuerzo debe partir de la base que la mitad de la población actual tiene como ingreso medio personal no más de 120 dólares por año.

La superación de este problema del desarrollo no se logrará en forma espontá-